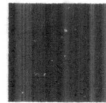


## Hacia las IV Jornadas de Sociología de la UNLP (2005) ALGUNAS NOTAS PARA PENSAR LA ENSEÑANZA DE LA SOCIOLOGÍA

Antonio Camou



*...en una sociedad encaminada cada vez más decididamente hacia la intervención en esferas sociales hasta ahora dominadas por el laissez faire, es imprescindible una intensificación de las investigaciones de la sociología nacional, conducidas de conformidad con los requerimientos del método científico y fundadas en la estrecha colaboración de especialistas de las diferentes disciplinas sociales.*

*Para no trascender la esfera de la metodología científica, la Sociología y las ciencias sociales deben poder llegar a una etapa reconstructiva en la que sea posible ejercer –dentro de ciertos límites de validez– la previsión acerca del curso potencial de los procesos sociales concretos, antecedente necesario de la planificación.*

Gino Germani, “Sociología y Planificación”, en *La Sociología Científica. Apuntes para su fundamentación* (1956, 1962).



## I) EL SEGUNDO CONGRESO NACIONAL DE SOCIOLOGÍA

Del 20 al 23 de octubre de 2004, y con el título *¿Para qué la Sociología en la Argentina actual?*, se realizó en Buenos Aires el II CONGRESO NACIONAL DE SOCIOLOGÍA (VI Jornadas de Sociología de la UBA y Pre ALAS 2005). El Congreso contó con la organización de todas las carreras de Sociología pertenecientes a universidades públicas (UBA, UNLP, Cuyo, Santiago del Estero, Villa María/Córdoba, San Juan y Comahue), del Consejo de Profesionales en Sociología de la Ciudad de Buenos Aires, del Colegio de Sociólogos de la Provincia de Buenos Aires y de la *Revista Argentina de Sociología*. Una mención especial, y destacada, les cabe a la Dirección de la Carrera de Sociología de la UBA, y al diligente y eficaz equipo de la Coordinación General, quienes cargaron sobre sus espaldas buena parte del esfuerzo organizativo de un evento de esta magnitud. Baste recordar que el anterior Congreso Nacional se realizó hace más de veinte años, entre el 18 y el 20 de noviembre de 1983, lo cual habla no sólo de las dificultades de la tarea, sino también del todavía escaso grado de integración del campo sociológico. En esta misma línea hay que recordar también, por ejemplo, el encuentro nacional realizado en San Juan en 1999, que impulsó el acercamiento de las distintas carreras de Sociología del país. Todos estos esfuerzos, junto con las Jornadas de investigación que periódicamente realizamos, marchan en la dirección de un ingente trabajo que tenemos por delante, el de la consolidación institucional, académica y profesional de la Sociología en nuestro medio.

Algunos de los problemas que encontramos en ese derrotero fueron expresamente discutidos en diferentes momentos del Congreso, en particular en las mesas dedicadas al tema *¿Qué se está enseñando en Sociología?*, que contaron con la participación de profesores, graduados, alumnos y directores de todas las carreras de Sociología presentes en el evento. Con base en la intervención elaborada para una de estas mesas, anoto *tres desafíos* que, sin ser los únicos, considero especialmente relevantes para generar un amplio debate, un debate que deberíamos continuar y enriquecer en sucesivos encuentros. Lejos de creer que estos desafíos agotan el campo de problemas de la disciplina y de su enseñanza, los presento porque creo que pueden ayudar a visualizar *algunos* ejes estratégicos de nuestro quehacer. Siguiendo una útil sugerencia de Inmanuel Wallerstein para analizar la estructuración de los saberes, y dando por sentado las estrechas y complejas vinculaciones entre estos diferentes pla-

nos, hablaré sucesivamente de un desafío *institucional*, un desafío *epistémico* y un desafío *profesional*.

## II) TRES DESAFÍOS PARA UN DEBATE

En primer lugar, tenemos por delante el desafío de seguir garantizando el pluralismo institucional de la disciplina. Esto supone avanzar en la consolidación de su institucionalidad, pero manteniendo, a la vez, lo que podríamos llamar la *productividad del conflicto de visiones* al interior del campo sociológico. Como se sabe, la disciplina reconoce varias paternidades fundadoras: Montesquieu, Saint-Simon, Comte, Tocqueville, Marx, Durkheim, Weber, Simmel, etc. En buena medida, cada uno de “nuestros” clásicos encarna diversas maneras de pensar la sociedad, de concebir el conocimiento, y de orientar las prácticas sociales guiadas por ese conocimiento de lo social. Mientras estas diferentes miradas sigan conviviendo –de manera democrática y plural– en los distintos espacios institucionales de producción del saber sociológico, la disciplina tendrá un acicate permanente para el debate racional, la innovación y la elaboración crítica del conocimiento de la sociedad. Por el contrario, si alguno de los muchos “ismos” que atraviesan los espacios de producción de saber se apropiara del campo en su conjunto, esto es, si las sociologías con “apellido” (marxista, weberiana, durkheimiana, parsoniana, etc.) pretendieran ocupar unilateralmente la totalidad de ese espacio, la disciplina perdería entonces su impronta científica para transformarse en mera doctrina, escuela cerrada, u ortodoxia eclesial.

En similares términos, la autonomía institucional del campo sociológico también puede verse amenazada desde diferentes ángulos. Hay una conocida amenaza “desde arriba”, en términos de la subordinación de la producción del saber a los dictados y beneficios de los gobiernos de turno; hay una amenaza “desde afuera”, cuando se pretende imponer al conocimiento las lógicas de los mercados concentrados y los intereses transnacionales; pero también hay una amenaza “desde abajo”, sobre la que habitualmente prestamos menos atención. En este caso nos referimos a la operatoria de redes político-partidarias insertas en la Universidad, embarcadas en imponer una visión de la disciplina subordinada a los intereses de partido o de grupo, y que desconoce las exigencias del saber científico, un saber que debe respetar normas de reconocimiento tanto a escala nacional como internacional.

En una época que ha dejado atrás las certezas metafísicas para fundar directivas epistemológicas, los requisitos de un conocimiento riguroso pasan por la definición de reglas consensuadas sobre la producción y validación del conocimiento, y no por la supuesta posesión de una “verdad” revelada en los textos de un autor. Consolidar institucionalmente la Sociología como un campo científico de tensiones problemáticas es, entonces, una tarea en la que hay que seguir avanzando, partiendo de la premisa básica del reconocimiento democrático de la pluralidad de visiones, y continuando con la definición de criterios y reglas universalistas estrictas para validar el conocimiento científico de la realidad social.

Un segundo desafío, que presento de manera mucho más conjetural y tentativa, es el del fortalecimiento e integración teórico-metodológica de la Sociología. En el transcurso de una generación disciplinar (los primeros alumnos/as de Germani siguen siendo investigadores activos en la actualidad), la Sociología ha experimentado agudas, y en algunos casos convulsivas, transformaciones. En apretadísimo resumen, ese itinerario incluye el desarrollo de la Sociología científica latinoamericana bajo el molde del paradigma estructural-funcionalista (o en los términos de Anthony Giddens, el matrimonio “Parsons-Lazarsfeld”); luego encontramos la competencia —en muchos casos atravesada por actitudes intolerantes— entre el enfoque parsoniano de la modernización y el marxismo dependientista; y finalmente, después del sangriento quiebre autoritario, hemos asistido a una creciente diversificación de enfoques teórico-metodológicos, que a la vez que le ha dado riqueza a la discusión, y capacidad de apertura a nuevas investigaciones, en algunos casos puede orillarnos a la vereda de la dispersión o la fragmentación teórica.

De hecho, en los últimos años muchas voces han descartado todo intento (y negado incluso la posibilidad) de definir un marco teórico “sistemático” para la disciplina, esto es, un conjunto racionalmente ordenado de hipótesis analíticamente consistentes y empíricamente contrastables para el tratamiento de los problemas sociales. En su lugar, ha ganado terreno, a veces por buenas razones, y otras con justificaciones no tan buenas, una especie de eclecticismo “vale todo”, donde se suceden, se superponen o se yuxtaponen autores, conceptos, tradiciones y problemáticas sin mucho orden ni concierto. Sin reivindicar la vuelta a la “gran teoría”, quizá se haga necesario profundizar el trabajo de (re)construcción de “puentes semánticos” entre esas tradiciones, autores y

problemas, superando el sesgo casi personalista de las “sociologías de autor”, y las encerronas a que puede llevarnos una virtual inconmensurabilidad de enfoques, o una Babel conceptual a la hora de guiar nuestras prácticas e intervenciones sociales. Este fortalecimiento de la identidad disciplinar es condición necesaria para un fructífero diálogo con el resto de las disciplinas sociales que apunte a la articulación de visiones, y no a la mera agregación teórica.

Para ilustrar el punto tal vez convenga tener en cuenta una “odiosa” comparación con la Economía, o al menos con cierta visión de ella. Mientras en los últimos tiempos buena parte de las ciencias sociales tendieron a desperdigarse, y más bien a fragmentarse desde el punto de vista teórico, los economistas, en cambio, tendieron en general a reforzar y pulir sus modelos y principios analíticos básicos, haciéndolos crecientemente consensuados dentro de la profesión. Esto fortaleció su capacidad, y en parte también alimentó su ambición, para extender y “exportar” dichos modelos –con suerte diversa por cierto– a otros ámbitos de la vida social, política e institucional en las sociedades contemporáneas. Ciertamente, este “ascenso de los economistas” no puede ser separado de cambios estructurales en las relaciones de poder a escala global, pero tampoco puede ser explicado totalmente si lo reducimos a la influencia exclusiva de esos poderes fácticos; hay dimensiones cognitivas, institucionales y profesionales que deben ser incorporadas a la explicación. En particular, una idea clave aquí –una idea que ha tenido mala prensa en las ciencias sociales desde hace varios años– es la de reconocer que la influencia social de un saber se juega en buena medida (aunque no en única medida) por la solidez e integración lógico-conceptual de su estructura teórica. De aquí la importancia de elaborar un lenguaje acerca de la realidad social fundado en un *sistema teórico* (otra vez: un conjunto lógicamente articulado y empíricamente contrastable de hipótesis), y no en la sumatoria de enfoques desarticulados (uno puede tener muchas ruedas, volantes y carburadores, pero un *auto* es otra cosa). A mi juicio, la teoría económica ha venido consolidándose como un *sistema* riguroso, aunque obviamente falible, criticable y perfectible; y como en toda disciplina científica, encontramos allí ortodoxias y heterodoxias, cauces principales y corrientes alternas, tensiones entre los contextos de producción, validación y aplicación del conocimiento, que le dan el dinamismo propio de la innovación. Por aquello que decía Kurt Lewin, “no hay nada más práctico que una buena teoría”, es aquí donde hay que buscar *algunas* de las razones acerca de la consolidación profesional de la Economía como una “ciencia *sobre* la sociedad” y como un “conjunto de herramientas operativas” para intervenir *en* la sociedad.



Ahora bien, más allá de los límites que entraña una comparación de esta naturaleza, no deberíamos dejar pasar la oportunidad de repensar algunas preguntas que se derivan de esa confrontación: ¿puede la Sociología mantener, como “ideal regulativo” disciplinar, la constitución de un sistema teórico? ¿Esa sistematización podría tomar la forma –pidiéndole prestada una idea a John Rawls– de un “consenso superpuesto” en el marco de un “pluralismo razonable”? ¿Estamos en condiciones de constituir un cauce principal de la disciplina sobre la base de un conjunto de ejes estratégicos, a la manera de un consenso básico entre diferentes tradiciones? ¿Ese consenso puede llevar a integrar dispositivos explicativos modestos, a la manera de los sugerentes “mecanismos” elsterianos, en elaboraciones cada vez más amplias? Soy de los que creen que la Sociología, al dejar atrás ciertas pretensiones generalizadoras de sistemas teóricos como el estructural-funcionalismo o el marxismo, ha ganado en flexibilidad y riqueza, pero algo ha perdido en su capacidad de intervención social o político-institucional, en la medida en que la intervención guiada por la teoría supone alguna forma de “predicción”, y no hay predicciones posibles fuera de estructuras conceptuales sistemáticas. Naturalmente, en ningún caso nos referimos a predicciones de hechos puntuales, más bien, de lo que hablamos es de la visualización de tendencias o previsiones a partir de la definición de condiciones necesarias (“predicciones negativas”), sobre las que delinear escenarios alternativos e inscribir una práctica de intervención.

Pero es claro que en este recuento del derrotero disciplinar no puede caber nostalgia alguna. El distanciamiento de aquellos rígidos sistemas del pasado –entendidos como bloques monolíticos autosuficientes– estaba bien encaminado. El punto es si podemos en la actualidad avanzar hacia una nueva “etapa reconstructiva”, al decir de Germani, elaborando nuevas síntesis teóricas, sin duda más humildes que nuestras predecesoras (y tomando muchos elementos de ellas), pero animadas por el mismo espíritu de compromiso para volver a tender puentes epistémicos sólidos entre la investigación teórica sistemática y la práctica social.

Finalmente, el tercer reto que debemos enfrentar es el del desafío profesional. De lo que se trata es de garantizar, junto a la producción de un conocimiento crítico y riguroso de la sociedad, una adecuada inserción de nuestros graduados/as en espacios laborales estructurados, ya sea en la esfera estatal, las organizaciones de la sociedad civil o el mercado, y donde desarrollar una

práctica social consistente, socialmente reconocida y valorada. Tal vez la tensión más difícil de resolver sea la de conjugar la potencialidad crítica de una disciplina que aspira al *conocimiento de la sociedad en su conjunto*, rasgo especialmente destacado por Jürgen Habermas como característica propia del saber sociológico, con una práctica profesional específica. De este modo, en la actualidad estamos obligados a replantearnos y definir algunas cuestiones básicas, que son moneda de creciente preocupación entre nuestros alumnos/as y jóvenes graduados/as: ¿qué se espera que haga un sociólogo/a en la sociedad? ¿Cuál es el aporte específico que realiza, y que no se encuentra en las prácticas de otras profesiones establecidas en nuestro medio: psicólogos, trabajadores sociales, científicos de la educación, etc.? O reducido a una expresión más llana, aunque no idéntica a las anteriores: ¿de qué trabaja un sociólogo/a? Creo que estas preguntas nos invitan a reflexionar sobre un desafío profesional que está lejos de estar resuelto, y además nos reconducen a analizar los vínculos que han de guardar los perfiles profesionales y los contenidos curriculares: ¿lo que se espera que haga un sociólogo/a es congruente con la formación que se imparte en nuestras universidades? Hace algún tiempo, Juan Carlos Tedesco recordaba que una de las tantas fallas del sistema educativo argentino es que a los maestros no se les enseña lo que después tienen que *hacer* en la escuela: en vez de “enseñarles a enseñar a leer y escribir”, se les enseña lengua y didáctica de la lengua, pero no se los prepara para los desafíos reales que deben enfrentar en el aula. Algo de esto, quizás, nos puede estar pasando.

Doy un solo ejemplo para ilustrar el punto tomado de nuestra propia experiencia. Cuando observamos muchos planes de estudio, encontramos que en general nuestros alumnos/as adquieren una sólida formación teórica y metodológica en el campo sociológico, acompañada de la reflexión provista por otros saberes, tales como la Filosofía, la Historia, la Antropología, la Economía, etc., y fuertemente orientada a la investigación científica de carácter académico. Pero también damos por sentado que los futuros graduados están preparados, entre otras cosas, para: “elaborar, dirigir, ejecutar y evaluar diseños de... programas de acción que involucren a grupos, organizaciones, instituciones, comunidades y regiones; realizar asesoramientos y estudios de factibilidad de planes y programas; o evaluar el impacto de las diversas modalidades de intervención sobre grupos, instituciones, etc”. Ahora bien, en muchos casos nos encontramos con que esos mismos planes de estudio no proveen, entre sus contenidos curriculares *obligatorios*, las herramientas teórico-metodológicas para desarro-

illar esas competencias específicas. Para enfrentar este problema nuestro Departamento decidió desplegar una estrategia en tres planos, articulados en torno al nuevo Plan de Estudios puesto en vigencia en el año 2003: a) incorporar una materia obligatoria con contenidos básicos sobre estructura, dinámica organizacional y planificación, desde una perspectiva sociológica (Sociología de las Organizaciones); b) ampliar la oferta de diferentes seminarios y talleres optativos sobre temáticas vinculadas a elaboración de políticas públicas, organizaciones de la sociedad civil o administración pública; y c) modificar el sistema tradicional de acreditación de horas de investigación (mediante seminarios o talleres), de modo tal de incorporar también horas de trabajo de campo en instituciones públicas, organizaciones sociales o trabajos barriales, guiados y supervisados por profesionales mediante convenios de colaboración con instituciones estatales o de la sociedad civil.

En otros términos, creemos que entre las competencias básicas que un sociólogo/a debe poseer en la actualidad, está la de ser capaz de elaborar tanto un *proyecto de investigación* como un *proyecto de intervención social* o institucional, y ser capaz de gestionarlo integralmente (diseño, ejecución y evaluación) desde el Estado o desde las organizaciones sociales. Con relación a esto, sería bueno tener presente que, de acuerdo con el censo de 2001, del total de graduados universitarios ocupados en el país (927.129), clasificados por categoría ocupacional, el primer empleador es el sector público, con el 33.62% (311.726), el segundo empleador es el sector privado, con el 28.15% (261.022), luego encontramos a los que tienen ingresos por cuenta propia, con el 2w.21% (352.244), y finalmente encontramos dos categorías menores: los patrones, que representan el 9.88% (91.649), y los trabajadores familiares, con apenas el 1.13% (10.443). Creo que es importante que profesores, graduados y estudiantes tengamos una visión realista de este horizonte ocupacional, y seamos capaces de articular adecuadamente las necesidades de formación con las posibilidades concretas de inserción laboral de nuestros egresados.

Esta preocupación por traducir contenidos curriculares en competencias, y por discernir sus orientaciones específicas, toca de lleno la autopercepción que tenemos de la disciplina. En los últimos tiempos se ha vuelto un lugar común caracterizar a la Sociología, a partir de la conocida cita bourdiana, como “una ciencia que incomoda”. Ciertamente, hay mucho de simplificación en leer fuera de contexto una frase, que en el texto del autor francés cobra todo su sentido, y nos remite, de paso, a la sólida concepción científica que Bourdieu



tenía de la Sociología. En cualquier caso, si bien la referencia nos ayuda a pensar ciertos aspectos de la disciplina, creo también que corre el albur de volverse un virtual *obstáculo epistemológico* para pensar de una manera más integral lo que hacen los sociólogos/as realmente existentes, y lo que también hacen nuestros colegas de las otras ciencias sociales. Señalo dos problemas principales del tópico bourdiano cuando es leído acriticamente.

Por de pronto, nos enfrentamos a un dilema: o bien ese carácter de “ciencia que incomoda” es un rasgo específico de la Sociología, entonces las otras ciencias sociales *no* incomodan, y esto me parece obviamente falso; o bien, no se trata de un rasgo específico, porque otras disciplinas sociales *también* incomodan, y entonces hay que seguir buscando esa especificidad de la Sociología por otros rumbos (más allá de que incomodar es *uno* de sus atributos, aunque no el único). Hasta donde alcanzo a ver, me parece claro que la pretensión de algunos intérpretes de hacer que la Sociología detente el monopolio social de la incomodidad es una aspiración descaminada. Incluso la propia caracterización de Bourdieu no alcanza para justificar tal pretensión. Como él mismo nos señala en ese multicitado reportaje de 1980: la Sociología “revela cosas ocultas y a veces reprimidas”, y en tal sentido, “sus objetos son los que se ponen en juego en las luchas; las cosas que se ocultan, que se censuran, por las cuales uno está dispuesto a morir”. Este tono trágico no debería hacernos pasar por alto que esa búsqueda de lo que se oculta o lo que se censura, y de las consiguientes luchas para su develamiento, están también presentes en la Psicología, la Antropología, o la Historia, para no hablar de la Filosofía. E incluso la vilipendiada Economía neoclásica puede quedar incorporada a ese selecto grupo de ciencias que incomodan, cuando nos ayuda a develar –por ejemplo– los subsidios ocultos que un sector de la sociedad le transfiere a otro, las externalidades negativas encubiertas que producen actividades valoradas y necesarias, o los molestos costos escondidos que conllevan todas las actividades calificadas ligeramente como “gratis”.

Pero todavía podemos ir más allá: también las ciencias naturales incomodan, y han incomodado a lo largo de la historia. ¿Acaso la astronomía copernicana no incomodó a los Ptolemaicos y a todos los interesados en defender a raja tablas una visión religiosa del mundo? ¿Acaso la física galileana no incomodó al cristalizado pensamiento escolástico y a los poderes papales? ¿Acaso la genética no ha contribuido a demoler, y previamente a incomodar, los más rancios prejuicios racistas? Quizá podamos convenir que todo pensamiento riguroso sobre la

realidad social o humana –provenga de la filosofía, de las ciencias sociales o de las ciencias de la naturaleza– se vuelve incómodo cuando es capaz de develar tramas de relaciones opacas sobre las que se apoya una dominación ilegítima o un poder fundado en una asimetría de información; pero esa tarea no es exclusiva de la Sociología, y por tanto no nos alcanza para definirla en su especificidad. Creo que hay que empezar a incomodar a todos aquellos que se sienten cómodos al pensar –erróneamente– que los sociólogos y las sociólogas somos los únicos que incomodamos.

Pero el otro problema que debe considerarse es que la idea misma de una ciencia que incomoda no deja de ser un gesto intelectual, una manera de ver a la Sociología, fundamentalmente, desde la producción de conocimientos, pero un tanto alejada de los problemas concretos de la actuación profesional y del ejercicio laboral. Desde esta perspectiva, el componente crítico que incomoda es un momento necesario del pensamiento, pero si ese pensamiento no se transforma en acción, y si esa acción no toma –más tarde o más temprano– vías institucionalizadas de expresión, las posibilidades concretas de modificar la realidad en el largo plazo serán bajas, o condenadas a efusiones momentáneas y de muy limitado alcance. Incluso podría decirse que una ciencia que pierde contacto con los espacios de inserción laboral o profesional, pierde también un valioso “ida y vuelta” que enriquece la reflexión sobre los problemas del mundo “real”, que no siempre son los mismos problemas que encontramos en el mundo académico. Pasamos habitualmente por alto que estamos limitando a la disciplina a ser el hegeliano Búho de Minerva, –el que emprende el vuelo al atardecer cuando el trabajo del día ha sido hecho, que va a la zaga de los acontecimientos que otros llevan adelante– cuando la definimos de manera exclusiva o unilateral por esa dimensión crítica. Por el contrario, recuperar el espíritu de las notas adelantadas en el epígrafe puede hacer que la Sociología vuelva a convertirse en una ciencia de proyectos, de propuestas, de moderada construcción de futuros. En tal sentido, hay que destacar que el propio Bourdieu contribuyó decididamente con sus trabajos al mejoramiento del sistema educativo francés, y que estos aportes recogen una larguísima tradición del quehacer sociológico, que liga a la Universidad con la necesidad de dar una respuesta científica a los problemas de la sociedad.

Por tal razón, cuando se habla de la función social de la Universidad, es necesario ir más allá de la realización de actividades asistenciales o de iniciativas que se agotan en compromisos de naturaleza exclusivamente política. Si bien la

participación política o la ayuda social son valiosas en sí mismas, no debemos perder de vista que la misión estratégica de la Universidad se juega en la calidad de los graduados que forma, en el carácter innovador del conocimiento científico-tecnológico que produce, y en la profundidad del debate político-cultural que promueve. En tal sentido, la formación de sociólogos/as capaces de conjugar, a la vez, la elaboración de un conocimiento riguroso y crítico de la sociedad, y el desarrollo de competencias específicas para insertarse adecuadamente en espacios de ejercicio profesional, son tareas que debemos impulsar coordinadamente.

### III) HACIA LAS IV JORNADAS DE SOCIOLOGÍA DE LA UNLP

Al cerrar la mesa de debate entre los directores de las carreras de Sociología de todo el país, nos comprometimos a darle continuidad a encuentros nacionales donde pensar, debatir y consensuar distintas iniciativas destinadas a fortalecer el campo sociológico.

El año próximo, nuestra Universidad cumple 100 años. En ese marco, esperamos que las *IV Jornadas de Sociología de la UNLP*, que realizaremos entre los meses de octubre-noviembre del año 2005 (en una fecha que debemos aún precisar), sean una buena ocasión para retomar los hilos de ese debate. *Las Jornadas estarán abiertas a la presentación de trabajos de profesores, graduados y alumnos de todo el país.*

Quizá también nuestras Jornadas puedan ser la ocasión para sewuir avanzando en la consolidación institucional de la disciplina a escala nacional. Tal vez haya llegado la hora de empezar a concretar una mínima estructura académica nacional, ágil y desburocratizada, a la manera de la *Sociedad Argentina de Sociología* que alguna vez impulsara Germani, y que inicialmente nos permita garantizar la organización de Congresos Nacionales con una periodicidad regular (¿tres años?), y en sedes rotativas a lo largo de todo el país. Esa asociación tomaría la forma de una sociedad científica, y debería tener por base a todas las carreras de Sociología existentes en la Argentina.

Mientras esta propuesta van madurando y enriqueciéndose con otros aportes, les hago saber que a principios del año 2005 estaremos dando a conocer la Primera Circular de invitación a las IV Jornadas. Como en las reuniones anteriores, las Jornadas abrirán espacios de reflexión y de debate para analizar los grandes y graves problemas de nuestro país, recibiendo colaboraciones de

todo el campo sociológico y del más amplio espectro de los estudios sociales. Desde ya, los esperamos.